



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 169-195

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)

Alejandro Cattaruzza

Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Rosario,
CONICET¹

Consideraciones preliminares

Ante el Xº Congreso del PC argentino, reunido en noviembre de 1941, el dirigente Gerónimo Arnedo Álvarez proclamaba que la organización estaba dispuesta, cumpliendo el deber de “todo auténtico patriota” y en la senda de Belgrano y de San Martín, a “combatir en primera fila con las armas en la mano [...] contra los agresores nazifascistas”, en defensa de “la existencia libre y soberana de la Nación Argentina”. Al finalizar el largo discurso, los congresales presentes vivaron y aplaudieron con fervor las consignas que el orador proponía, entre las que se contaba la que hacía del PC un “defensor consecuente” de la “unión nacional, de la libertad y de la independencia de la Patria”.

¹ Algunos de los problemas aquí asumidos, con otra periodización y con otros objetivos, fueron analizados en nuestras ponencias presentadas en el Seminario Internacional de Investigación “Repensar la nación”, celebrado en La Antigua (Guatemala), en julio de 2004; en las III Jornadas Nacionales “Espacio, memoria e identidad”, CONICET-Universidad Nacional de Rosario, también en 2004; y en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Rosario, en 2005. La revista *Prohistoria*, de Rosario, publicó el artículo que recoge aquellas versiones en su número 11, de 2007.

Al cierre, “en medio del mayor entusiasmo, se cantó el Himno Nacional y *La Internacional*”.²

El análisis de actitudes semejantes, asumidas por los comunistas en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, así como de las consideraciones políticas que las sustentaban, se ha ensayado en varias oportunidades.³ A su vez, el cambio de la táctica de clase contra clase

² Cfr. Gerónimo Arnedo Álvarez, *La unión nacional, garantía de la victoria. Informe rendido ante el Xº Congreso del Partido Comunista, realizado en Córdoba los días 15, 16 y 17 de noviembre de 1941* (Buenos Aires: Ediciones del Comité Central del Partido Comunista, 1941), 13 y 75, respectivamente.

³ Sobre el Partido Comunista, de la última producción referida al período y a problemas próximos a los que aquí se asumen, véase Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga, y Horacio Tarcus, “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión”, *El Rodaballo*, número 8, 1998; Oscar Terán, “Aníbal Ponce o el marxismo sin nación”, en *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos, 1986); Tulio Halperin Dongui, *Argentina y la tormenta del mundo* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003), en algunos de sus tramos; un trabajo asentado en recuerdos personales, en Samuel Schneider, *Héctor P. Agosti. Creación y milicia* (Buenos Aires: Grupo de Amigos de Héctor Agosti, 1994); Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino”, *Desmemoria*, números 23-24, Buenos Aires, 1999; Jorge Myers, “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de *Argumentos*”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, número 6, Universidad de Quilmas, 2002. Sobre Puiggrós, Omar Acha, *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX* (Buenos Aires: Eudeba, 2006); véase del mismo autor “Nación, peronismo y revolución en R. Puiggrós” (Primera Parte), *Periferias*, núm. 9, Buenos Aires 2001. Sugerimos también la consulta de José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (Buenos Aires: Puntosur, 1988); Sylvia Saíta, “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda”, en Alejandro Cattaruzza, dir. *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943, Tomo VII de la Nueva Historia Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2001) y Daniel Campione, *Argentina. La escritura de su historia* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2002). Para la situación latinoamericana, véase Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana* (Caracas: Nueva Sociedad, 1987) y Michael Löwy, *El marxismo en América Latina* (Era: México, 1982). Para Centroamérica durante los años veinte, Ricardo Melgar Bao, “Los intelectuales cominteristas en América Central. Redes, capital letrado y acción política”, *Anuario 2006*, Colegio de Estudios Latinoamericanos, Universidad Autónoma de México. En referencia a otros grupos de la izquierda, ver Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996). Sobre las relaciones con los trabajadores y el movimiento obrero, sugerimos la consulta de Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo, 1920-1936* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007) y de Mirta Lobato, “Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930” en el citado número de *Prismas*. El papel del PC en el movimiento obrero es uno de los objetos de estudio de Joel Horowitz en “El movimiento obrero”, en Alejandro Cattaruzza, dir. *Crisis económica*, op. cit.; Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera 1936* (Buenos Aires: La Rosa Blindada/PIMSA, 2000). Un análisis más general en Silvia Schenkolewski-Kroll, “El Partido Comunista de la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 10, número 2, julio-

por la que impulsaba la creación de los Frentes Populares, ocurrido en 1935 -que en varias interpretaciones fue visto como el punto de partida de una tendencia a asumir posiciones “nacionales”-, así como el abandono de la neutralidad que desde el comienzo de la guerra se habían impuesto los comunistas cuando, en 1941, se produjo la invasión nazi a la Unión Soviética, han sido dos de los factores a los que se ha apelado con frecuencia para explicarlas.

Sin desatender del todo tales variables, en esta ocasión consideraremos, en cambio, esas actitudes y posiciones como pruebas de la existencia de un proceso de reconfiguración de las relaciones entre el comunismo y el pasado nacional de mayor envergadura que la que pudo sostener o desatar el cambio de línea. El empleo de una perspectiva de este tipo reclama de algunas precisiones; la primera indica que, como es visible, la organización de interpretaciones del pasado por parte de un partido político es un fenómeno complejo, que se desarrolla en múltiples dimensiones, enlaza prácticas variadas e impacta en distintos planos. Naturalmente, las miradas partidarias hacia el pasado pueden hallarse en libros de historia, que resultan los soportes tradicionales de las interpretaciones más formalizadas, producidas por dirigentes, militantes letrados o intelectuales encuadrados en la agrupación. Pero también aparecen recurrentemente en la prensa partidaria, por ejemplo, argumentos menos desarrollados, imágenes más breves o más toscas, evocaciones de ocasión. Todavía más allá, el sistema de símbolos y rituales que el partido pone en juego en sus actos públicos, en las celebraciones de sus héroes, en sus movilizaciones, ofrecen un relato, si bien disperso y discontinuo, de la historia de la organización y, en ocasiones, del pasado de la nación; en el caso del PC, visiones del pasado de la clase obrera y aún de la humanidad se vislumbran en ciertas oportunidades.⁴

diciembre 1999. Véase también Mario Rapaport, *Política y diplomacia en la Argentina. Las relaciones con EE.UU. y la URSS* (Buenos Aires: Tesis, Instituto Di Tella, 1987). Una eficaz herramienta es el *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, que bajo la dirección de Horacio Tarcus publicó en Buenos Aires la editorial Emecé en 2007; muchos de los datos biográficos consignados aquí lo tienen como fuente. Aunque su objeto de estudio excede el del PC, algunos temas en común nos llevan a sugerir la consulta de *El antifascismo argentino*, Selección documental y estudio preliminar de Andrés Bisso (Buenos Aires: Cedinci/Buenos Libros, 2007).

⁴ Hemos analizado estos problemas, para otros grupos políticos y también para la izquierda, en oportunidades anteriores; remitimos a Alejandro Cattaruzza, *Historia y política en los años treinta: comentarios en torno al*

En este artículo, entonces, habremos de concentrarnos en el análisis de las interpretaciones del pasado argentino que la prensa del PC, los organismos de dirección y varios de sus intelectuales organizaron entre, aproximadamente, fines de los años veinte y mediados de los años cuarenta, rastreados en libros, diarios, declaraciones partidarias y evocaciones de actos y encuentros. Se trata en nuestra opinión de un proceso de gran escala, que hizo que el PC argentino pasara del rechazo a los símbolos nacionales, de la actitud disruptiva ante las tradiciones políticas locales, y de la reducción de la historia argentina a un drama en el cual el partido no hallaba, a pesar de excepciones, su referente preferido—salvo en la vaga figura de “las masas”—, a ofrecer su versión del pasado nacional, buscando enlazarse con figuras y programas políticos del siglo XIX y cantando en sus actos no sólo el himno propio de los comunistas, *La Internacional*, sino el himno de la nación. Hemos atendido en particular a las posiciones expresadas ante un hecho político-social, la Revolución de Mayo de 1810, y ante una figura que se suponía representación de un “tipo social”, el gaucho. Esta elección obedece a que, a nuestro juicio, esas posiciones resultan testigos muy sensibles de las modificaciones y deslizamientos en lo referido a la construcción de tradiciones históricas que pudieran pensarse, en el período, nacionales.

Mayo, sus símbolos y el liberalismo del siglo XIX: miradas comunistas antes de la etapa del Frente Popular

La Revolución que, iniciada en Mayo de 1810 en la ciudad de Buenos Aires, llevaría a la guerra y a la declaración de Independencia de 1816 continuaba siendo entendida por vastos sectores de opinión, luego de la Primera Guerra Mundial, como el centro simbólico de la nacionalidad. Tanto las conducciones de las agencias del Estado vinculadas a la educación como el grueso de los intelectuales, buena parte de los grupos políticos, y los diarios masivos, hacían suyo este parecer. Así, tomar partido ante Mayo era imprescindible para ensayar una lectura del pasado argentino. En ocasión de la celebración del Centenario de aquel movimiento, en un contexto de conflictividad social muy alta, el anarquismo había en general impugnado las conmemoraciones, aunque

caso radical (Buenos Aires: Biblos, 1991) y “Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional”, en *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, op. cit.

algún grupo intentó una ligazón con la Revolución; el socialismo, por su parte, osciló entre la denuncia y la apropiación crítica de los elementos que entendía apreciables, pero no se sumó a la propuesta anarquista de una huelga general que intentara bloquear la celebración, inscribiéndose finalmente en el camino que, se decía, se había iniciado en 1810. También en esos años, otros intelectuales esbozaron gestos que luego ganarían terreno, comenzando a buscar lo que entendían eran las esencias nacionales en las supuestas culturas tradicionales, rurales y afincadas en el interior. Sin embargo, estas búsquedas no desplazaron a Mayo del lugar central; a pesar de las disidencias y los matices, al momento de la aparición del comunismo en la Argentina en los primeros años de entreguerras, Mayo, la Constitución de 1853 y el avance material de fin de siglo XIX solían ser vistos como momentos cruciales para la historia nacional y para la tradición política liberal que se suponía enlazada a ella.⁵

Las notas que exhibían las miradas comunistas sobre Mayo y sobre los símbolos patrios que, aún con ciertas mediaciones, remitían al proceso que desató la Revolución, dependieron de varios factores. Uno de ellos se jugaba fundamentalmente en el plano de la identificación partidaria y de la acción callejera, entramándose con los antiguos combates simbólicos y materiales de parte de la izquierda previa, y devenía en el rechazo tenaz a tales símbolos. Otro, de tenor diferente, estaba relacionado con las decisiones que la Tercera Internacional tomaba acerca de las políticas a seguir por sus secciones en los países extraeuropeos, directamente vinculadas a la caracterización que de su estructura económico-social realizaba, y también a la evaluación de la situación del movimiento revolucionario a escala mundial. En muchas ocasiones, tales asuntos se terminaban relacionando fuertemente con el problema del imperialismo y de la nación.⁶

⁵ Sobre el clima cultural del Centenario, sugerimos la consulta de Taller de Historia de Mentalidades, “La Argentina de 1910: sensibilidad, alegorías, argumentos en torno de un Centenario”, *Estudios Sociales*, III, 4, 1993 y Margarita Gutman y Thomas Reese, editores, *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital* (Buenos Aires: Eudeba, 1999). Sigue siendo de gran utilidad la lectura del capítulo titulado “El espíritu del Centenario”, en José Luis Romero, *Las ideas en la Argentina del siglo XX* (Buenos Aires: FCE, 1965).

⁶ Remitimos, para estos temas y algunos de los que siguen, a Manuel Caballero, *La Internacional...*, op. cit.; Liliana Cattáneo, *La izquierda argentina y América Latina en los años treinta: el caso de Claridad*, Tesis de Posgrado, Instituto T. Di Tella, Buenos Aires, 1992, y Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase...”, op. cit.

En lo que hace a las posiciones de la Internacional sobre estos puntos, importa mencionar apenas algunos datos, ya que no es este el lugar para una exposición detenida. Según es de rigor, esa mención debe comenzar indicando que en 1916 Lenin había escrito en Zurich *El imperialismo, fase superior del capitalismo*; allí figuraban unos apuntes breves sobre la Argentina, que a entender del autor sufría una forma de dependencia que no era la de una semicolonias; más adelante, la definía como “colonia comercial” de Inglaterra. El libro se publicó en ruso en 1917, aparentemente en dos oportunidades, la segunda de ellas en septiembre y en Petrogrado, con prólogo de su autor. La edición francesa y la alemana llevan el mismo prólogo, también de Lenin, fechado en julio de 1920 y luego, en 1921, *La Internacional Comunista* lo reproducía con otro título. De ser correcta esta información, puede razonablemente dudarse que el texto hubiera circulado ampliamente entre los comunistas latinoamericanos hasta 1921.⁷ Por entonces, el Segundo Congreso de la Internacional, que se había reunido en 1920, dio forma a la cuestión colonial sobre el modelo del Oriente Medio; la situación latinoamericana no fue allí analizada específicamente. Pocos años más tarde, hacia 1924 y en ocasión del Quinto Congreso, fue el lente chino el que se utilizó para mirar el mundo colonial; se trataba ahora de que las secciones de la Internacional trazaran alianzas con los movimientos de liberación nacional sobre el modelo de la que se intentaba con el Kuomintang.⁸

En Buenos Aires, también en 1924, se producía un documento de cierto interés para nuestro tema. Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo presentaban un despacho en disidencia de una de las comisiones del VI Congreso del Partido Comunista, que se hallaba envuelto en una fuerte disputa interna. Allí sostenían que “desde la revolución burguesa de 1810 hasta el fin de la guerra mundial la historia de la República Argentina ha sido la historia de su producción agropecuaria”. Los autores, poniendo en primer plano las cuestiones económicas y sociales antes que los aspectos político-institucionales, que eran los preferidos por la historiografía

⁷ Los datos consignados se han tomado de una edición que bajo el título de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, publicaron en Buenos Aires las Ediciones Libertador, en 2005. Según se anota en el libro, se ha tomado la versión que, en castellano, apareció en 1948 en Moscú de las *Obras Escogidas* de Lenin, publicadas por Ediciones en Lenguas Extranjeras. Muy presumiblemente, medie en esa secuencia alguna edición local con el sello de Anteo, una de las más tradicionales editoriales del PC. Los datos han sido corroborados con los que proveen otras ediciones.

⁸ Cfr. Caballero, *La Internacional...*, op. cit., 45.

académica de entonces, continuaban indicando que la producción agropecuaria había asumido una “forma feudal desde la Revolución de Mayo hasta la organización nacional de 1853”, para tornarse “netamente capitalista y con la colaboración del imperialismo inglés” desde entonces y hasta 1914-1918.⁹ Están aquí contenidos en esbozo ejes de discusión a los que los comunistas volverían con frecuencia; uno de ellos era el referido a la acción imperialista sobre la economía argentina. Otro, el vinculado al modo de producción vigente en el presente y en el pasado. La caracterización de este último era imprescindible para clasificar a la Revolución de Mayo que, insistimos, para buena parte del resto del mundo político era la revolución fundadora de la Argentina. En el planteo de los disidentes, el concebirla como una revolución burguesa que de todos modos mantuvo la “forma feudal” de la “producción agropecuaria” no reclamaba explicaciones detalladas.

Poco tiempo después, hacia 1927, en uno de los varios boletines comunistas que los militantes de base sostenían casi artesanalmente, en buena parte dedicados a los problemas locales, de la zona o del ámbito laboral, se asumía otra cuestión relacionada con el pasado de la nación: la de sus símbolos. Aquellos activistas sostenían, en *Justicia. Órgano de los obreros y campesinos de Chacabuco*, que “el himno pertenece a la burguesía”. Coincidentemente sus compañeros de Haedo, que publicaban *Juan Pueblo. Órgano mensual defensor de los intereses de los obreros*, estimaban que el hecho de que “el himno sea una tarantela o una jota no nos interesa”. Estos pronunciamientos tenían lugar ante una iniciativa gubernamental en torno a una reforma del himno nacional, que suscitó debates intensos y hasta movilizaciones.¹⁰

Pero por esos mismos años, en otros sectores cuando menos muy cercanos al PC, el problema de Mayo suscitaba otras reflexiones, ratificando la opinión ya expresada por Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli acerca de que el partido resulta menos “monolítico” de lo que

⁹ Se trata del “Despacho de los miembros en disidencia de la Comisión de Programa nombrada en el VI Congreso del Partido Comunista Argentino”, encargada de la redacción del Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas. El texto está contenido en el *Informe del Comité Ejecutivo al VI Congreso a celebrarse en Buenos Aires los días 26, 27 y 28 de julio de 1924*. Archivo General de la Nación (AGN), Sala VII, Fondo PCA, legajo 3363; 15.

¹⁰ Copias de ambos boletines se hallan en el AGN, Sala VII, Fondo PCA, legajo 3364. Acerca del conflicto en torno al himno nacional, ver E. Buch, *O juremos con gloria morir! Historia de una épica de Estado* (Buenos Aires: Sudamericana, 1994), en particular páginas 48 a 62.

se ha sostenido muchas veces.¹¹ Aníbal Ponce, por ejemplo, era un intelectual ya importante que luego, a lo largo de los años treinta, participaría en muchos de los emprendimientos culturales vinculados al partido, viajando a la Unión Soviética, comprometiéndose activamente con la causa de los republicanos españoles y ocupando un lugar destacado en la cultura argentina; hasta donde se sabe, no se afilió al PC, pero giró en su órbita y fue transformado luego en uno de sus más notorios héroes culturales. La conferencia que tituló “Examen de conciencia”, pronunciada en la Universidad de La Plata en mayo de 1928, precisamente en ocasión del aniversario de la Revolución de 1810, constituyó, a juicio de Oscar Terán, “el momento” donde un proceso de cambio que venía ocurriendo en “el pensamiento de Ponce comienza a definirse como expresión de una manifiesta voluntad de marxismo”.¹² Sostiene Ponce que su “examen de conciencia” es un homenaje a “nuestra Revolución”, cuyos aniversarios “invitan a meditar sobre los problemas de la nacionalidad en cuanto son solidarios con los destinos de la familia humana”. Ponce ubica a Mayo como eje de la nacionalidad argentina: “ni indios, ni españoles, ni gauchos a buen seguro; pero tampoco franceses”; la “línea dominante” es la que “permite reconocernos desde la Revolución” de 1810. Pero “los principios de la Revolución de Mayo no se han realizado totalmente” y constituyen un programa para el presente y el futuro, cuyos núcleos serían la “Soberanía Popular y la Justicia Social”. Para Ponce, “los ideales de la Revolución Rusa son [...] los mismos ideales de la Revolución de Mayo en su sentido integral”.¹³

Estas consideraciones, que evocan en tramos las que José Ingenieros había expuesto hacía tiempo, revelan entonces que para la cultura política de la izquierda comunista, o la cercana al partido, la cuestión de la herencia de Mayo estaba parcialmente abierta, todavía en

¹¹ La observación, en Lvovich y Fonticelli, op. cit., 205 y ss.

¹² Véase Oscar Terán, “Aníbal Ponce, o el marxismo sin nación”, en *En busca de la ideología argentina*, op. cit., 149. Sobre las interpretaciones históricas de Ponce en estos años, véase también Halperin Donghi en *La Argentina y la tormenta del mundo*, op. cit., 127 y ss., en particular, 130.

¹³ Cfr. Aníbal Ponce, “Examen de conciencia”, en *El viento en el mundo* (Buenos Aires: El Ateneo, 1939): 15, 29, 32 y 34, respectivamente.

trance de definirse, entre la denuncia del “himno burgués” y un Mayo que anticipaba a 1917.¹⁴

Pocos meses después de la conferencia de Ponce se celebró el Sexto Congreso de la Comintern, que tuvo lugar entre julio y septiembre de 1928. Allí fue cuando, para usar una fórmula conocida, tuvo lugar lo que sus dirigentes llamaron el “descubrimiento de América”. En noviembre de ese mismo año, en su Octavo Congreso, el PC argentino hacía suyas las decisiones de la Internacional. En los documentos de estos años se establecía, no sin titubeos, que los latinoamericanos eran “países semicoloniales donde domina el problema agrario y antimperialista” y que, en consecuencia, el movimiento de transformación social a impulsar era uno “del tipo democrático-burgués”. Al mismo tiempo, a pesar de los aires etapistas de estas decisiones, la Internacional establecía que la estrategia a seguir sería la de clase contra clase.¹⁵

Parece evidente que algunas de estas posiciones no eran sencillas de conciliar, y esa situación se hizo sentir en ciertas oportunidades. Sin embargo, varios argumentos quedaban estabilizados en estos episodios de fines de los años veinte y demostrarían gran perdurabilidad; entre ellos se destaca el que caracterizaba a los países latinoamericanos como semicolonias donde debía desarrollarse, todavía, la fase democrático-burguesa de la revolución, que aquí asumiría una forma agraria y antiimperialista. Es claro también que estas interpretaciones impactaban en las lecturas que del pasado podían realizarse desde el PC

¹⁴ Si bien en este artículo no hemos empleado los puntos de partida conceptuales propios de la historia de las culturas políticas, entendemos que ellos podrían utilizarse parcialmente para estos asuntos. Así, por ejemplo, Bernstein y Sirinelli argumentan que uno de los rasgos que caracterizan a una cultura política es la presencia de una lectura común y compartida del pasado, o al menos de sus grandes períodos, a los que se atribuye carga positiva o negativa. De la vasta bibliografía disponible sobre la noción de cultura política, sugerimos la consulta de S. Bernstein, “La cultura política”, en J-P Rioux y J-F Sirinelli, *Para una historia cultural* (México: Taurus, 1999), en particular, 391, 392, 393 y 404, J-F Sirinelli, “Pour une histoire des cultures politiques” en *Voyages en histoire* (Besançon: Université de Besançon, 1995).

¹⁵ Ver Caballero, *La Internacional*, op. cit., 107 y ss.. La cita, en “Proyecto de tesis sobre el movimiento revolucionario de la América Latina”, en *La Correspondance Internationale*, febrero de 1930. Ha señalado Liliana Cattáneo que la propuesta del bujarinista Jules Humbert-Droz para América Latina fue resistida porque sus consignas podían ser confundidas con las del APRA, una de las formaciones “nacional-revolucionarias”. Sobre el punto, véase Caballero, *La Internacional...*, op. cit., 146, y acerca del Octavo Congreso del PCA, véase Lvovich y Fonticelli, “Clase contra clase...”, op. cit., 204. Acerca de la línea adoptada, ver Pere Gabriel, “Contexto internacional y Frente Popular”, *Papeles*, Fundación de Investigaciones Marxistas, número 24, Segunda Época, Madrid, 2006, 21 y ss.

sin abandonar el anhelo de ortodoxia: la revolución democrático-burguesa no podía haberse consumado; el capitalismo pleno no se había alcanzado por efecto de la acción imperialista.

El comunismo argentino encaró su acción política y sus interpretaciones del pasado en los años treinta, luego del golpe de Estado que el 6 de septiembre de 1930 derrocó al presidente radical Hipólito Yrigoyen, partiendo de esas coordenadas. Así, en 1934, desde las páginas de una de las revistas comunistas, Rodolfo Ghioldi, un dirigente de primera línea, retomaba el tema de la Revolución de Mayo en un artículo dedicado a Juan Bautista Alberdi, una de las más connotadas figuras del liberalismo argentino del siglo XIX. Entendía Ghioldi que el parecer de que la “tradicción de Mayo sería la encarnación de la Democracia” gozaba de crédito en sectores amplios. Ghioldi sintetizaba el planteo que atribuía a sus adversarios: “el coloniaje era el feudalismo; Mayo, la democracia”. A su juicio, en cambio, “antes y después de Mayo hubo el régimen feudal”. Tampoco manifestaba en ese trabajo el dirigente comunista mayor aprecio por el panteón de héroes liberales.¹⁶

Es que en estos primeros años de la década de 1930, el PC, por efecto de la línea de clase contra clase, asumía una actitud fuertemente disruptiva ante el resto del mundo político y también hacia cualquier tradición política nacional. En 1933, por ejemplo, la prensa partidaria denunciaba el homenaje que los “socialpatriotas” del Partido Socialista (PS) rendían a la memoria de su dirigente Juan B. Justo. Para el PC, Justo había buscado “conciliar su nacionalismo con el internacionalismo obrero”; esa “fue otra máscara que cubría su patriotismo”, actitud que se hacía visible en el hecho de que una de sus preocupaciones hubiera sido “dejar establecido en su testamento que su féretro fuera cubierto con la bandera argentina juntamente con la roja. De lo contrario, ninguna bandera”. En la visión de la prensa comunista, estas decisiones era propias de un “socialfascista”.¹⁷ En 1934, Rodolfo Ghioldi persistiría, ante la celebración de un congreso del socialismo, en denunciar actitudes semejantes, cuando señalaba críticamente que “el PS repudia el

¹⁶ Cfr. *Soviet*, año II, núm. 7, Buenos Aires, 1 de agosto de 1934; 21 y 22.

¹⁷ Cfr. *Actualidad*, año I, núm. 11 (enero de 1933): 34. Sobre esta revista y, en general, las vinculadas al PC en estos tiempos, remitimos a Saítta, “Entre la cultura y la política...”, op. cit.

internacionalismo, quiere las Malvinas bajo pabellón argentino, se considera unido a Mayo, a Alberdi, a Mitre, rechaza la bandera roja”.¹⁸

Así, en esta primera mitad de los años treinta, varios esbozos de la historia del siglo XIX argentino fueron propuestos por autores vinculados al partido comunista. El mismo Ghioldi apuntaba hacia 1933 que “desde la ruptura y separación de España [en 1810] [...], la posición del imperialismo inglés fue indiscutiblemente predominante en la Argentina y su influencia en el desarrollo económico y político del país, decisiva”. Ponce, por su parte, sostenía en el discurso con el que abrió en Montevideo, también en 1933, el Congreso Latinoamericano contra la Guerra Imperialista, que a comienzos del siglo XIX, “las nacientes burguesías de América Latina”—entre las que sin duda se contaban los sectores revolucionarios de 1810—“atrasadas, indolentes, sin ninguna de las capacidades que las nuevas formas de producción exigían en el mundo”, se convirtieron a poco andar en pasivos instrumentos de Inglaterra, su nueva metrópolis económica”. Ellas habían sido “gajos mequinos del único Estado europeo que se conservó feudal en pleno corazón de la Edad Moderna”.¹⁹

El juicio crítico se extendía de aquellos momentos iniciales a las políticas seguidas por el liberalismo argentino a lo largo del siglo XIX: “fuente de materias primas para su industria, fuente alimenticia, mercado para la colocación de sus capitales, de sus productos manufacturados y de sus maquinarias: esto fue Argentina durante ese tiempo, y sobre todo desde 1880 en adelante”, sostenía Ghioldi en aquel mismo artículo. Ponce, por su parte, señalaba que Inglaterra, el nuevo país dominante, se hallaba “tan seguro en sus firmes posiciones de amo que todas las obras que emprendió en las semicolonias no consultaron para nada los intereses de éstas, sino las ventajas que pudieran reportar a la metrópolis”, para agregar que Inglaterra había llevado al “vasallaje cada vez más acentuado de las burguesías aborígenes”, manteniendo a

¹⁸ Cfr. *Soviet*, año II, núm. 5-6 (27 de junio de 1934): 6. Sobre este artículo, y la actitud de Ghioldi ante la tradición liberal en esos años, ver Aricó, *La cola del diablo*, 182.

¹⁹ Cfr. *Soviet*, año I, núm. 1 (24 de junio de 1933): 3 y Aníbal Ponce, *El viento en el mundo*, op. cit., 123, respectivamente. La conferencia de Ponce fue pronunciada el 12 de marzo de 1933.

América Latina en “situación exclusiva de proveedoras de materias primas”.²⁰

Estas lecturas se expresaban, en general, en textos que eran bocetos apretados, ejercicios interpretativos generales, intervenciones que buscaban mucho más la definición general que la exposición detallada; con todo, eran también absolutamente consistentes con la premisa que hacía de la Argentina una semicolonía.²¹

La historia argentina, tarea de los militantes de la revolución

En innumerables oportunidades se ha señalado la importancia del cambio de línea de 1935, cuando se abandonaba la línea de clase contra clase y se pasaba a la de Frente Popular. En la Argentina, ese hecho dejó huellas, al menos parcialmente, en la cultura política comunista, tornándola menos cerrada y sectaria, un proceso que de todos modos impulsaban también otras circunstancias. Se admite hoy, por otra parte, la existencia en ciertos países europeos—Francia y España, por ejemplo—de iniciativas previas a las decisiones formales tomadas en ocasión del Séptimo Congreso de la Comintern, entre julio y agosto de aquel año, lo que se interpreta como evidencia de un clima de colaboración con otras fuerzas presente ya hacia 1934 y más amplio que el que sugiere el mero cambio de táctica. De todos modos, como ha advertido Manuel Caballero hace tiempo, los cambios no fueron tan rápidos ni tan extendidos como se supuso, al punto que el modelo de Frente Popular que proponía la Internacional Comunista en su Séptimo Congreso era la Alianza Nacional Libertadora que, en Brasil, conducía Prestes y que pocos meses después, en noviembre, intentaba un levantamiento armado. A ello deben agregarse las tensiones que sufrió el Frente

²⁰ Las citas de Ghioldi, en *Soviet*, año I, núm. 1, Buenos Aires, 24 de junio de 1933, p 4 y las de Ponce en *El viento en el mundo*, citado, 123 y 124.

²¹ La situación política, marcada por la firma de un tratado comercial con Inglaterra —que fue juzgado por muchos sectores, incluso muy moderados, como fatalmente adverso para los intereses locales—, hacía más apremiante la denuncia de la sujeción imperial, aunque el PC tendía a señalar que el predominio inglés, luego de la Gran Guerra, cedía frente al norteamericano. El tratado en cuestión es el llamado Roca-Runciman, firmado en 1933, por el cual el gobierno argentino otorgaba notorias ventajas al capital inglés a cambio de que se mantuvieran las compras inglesas de carnes en los niveles de 1932.

Popular una vez que comenzó la Guerra de España, y los tonos de clase que asumió el conflicto, en el frente y en otros escenarios.²²

También en la Argentina los comunistas asumieron la nueva táctica y lo hicieron con empeño; también aquí, concepciones de la etapa anterior pervivieron. Entre ellas se cuenta la certeza de la condición semicolonial del país y su corolario, que indicaba que la revolución sería democrático-burguesa en su forma agraria y antiimperialista. El periódico *La Internacional*, en ocasión de la conmemoración del Primero de Mayo de 1935, llamaba a la formación de un “Gran Frente Nacional y Popular Antirreaccionario y Antiimperialista”; un año más tarde, la misma publicación planteaba una movilización del Frente Popular “por la liberación de nuestro país del asfixiante yugo extranjero”.²³ De todas maneras, el Frente Popular no se constituyó formalmente en la Argentina, entre otras razones porque la Unión Cívica Radical, que resultaba la pieza clave por potencia electoral y arraigo popular para organizarlo, tenía reparos que se asentaban en consideraciones pragmáticas y también ideológicas, cuando menos frente a los comunistas.²⁴

Para la nueva etapa, muchas de las imágenes que había elaborado el PC del pasado de la nación y de las posiciones hacia los que se reputaban sus símbolos resultaban bastante poco funcionales. Es probable que la percepción de esta circunstancia haya llevado a otorgar al análisis de cuestiones de historia argentina una relevancia nueva.²⁵ En octubre de 1936, en la publicación partidaria *Hoy* aparecía una columna titulada, inequívocamente, “Historia argentina por proletarios”. Se planteaba allí que la sección “orientará en la difícil tarea de interpretar la historia del país con criterio marxista” y se observaba críticamente que

²² Véase, sobre estos temas, Caballero, op. cit., pp. 164 y ss.; Pere Gabriel, “Contexto internacional y Frente Popular”, *Papeles*, op. cit. y Michael Lowy, *El marxismo en América Latina*, op. cit., 21 y ss.

²³ Cfr. respectivamente *La Internacional*, abril de 1935, 2; febrero de 1936, 4; abril de 1936, sin núm. de página.

²⁴ Sobre el Frente Popular en la Argentina y las posiciones radicales, nos permitimos remitir a Alejandro Cattaruzza, “Tan lejos y tan cerca. La Guerra de España y la política argentina”, en [VV. AA], *Fuegos cruzados* (Córdoba [España], Fundación Botí, 2005).

²⁵ Roberto Tortorella ha planteado que también jugó algún papel la observación que sobre la historia nacional realizara Dimitrov en el Séptimo Congreso. Ver, al respecto, Roberto Tortorella, *Argentina: un pasado sin Bastilla. Rodolfo Puiggrós, la historia colonial e independiente y las tareas inconclusas de la revolución democrático-burguesa*, ponencia presentada en las XI^a Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Tucumán, septiembre de 2007.

“el estudio de la historia argentina” había sido “menospreciado injustamente hasta antes de ahora”, proponiéndose enmendar esa situación. También se convocaba a los lectores, interpelados como activistas, a la constitución de grupos de estudio sobre estos asuntos.²⁶ Poco después, Eduardo Astesano, militante comunista que pasaría al peronismo y se dedicaría con frecuencia a los estudios históricos, polemizaba con Daniel Faleroni, por entonces partidario del APRA, sobre la Revolución de Mayo en la revista *Claridad*. Ya en 1939, Carlos Cabral, otro activista del PC que cultivaba los temas de historia, volvía a llamar desde la revista *Argumentos* a “los lectores interesados” a organizar “un grupo nacional que, rompiendo con la tradición de trabajo individualista, encare la tarea de investigación e interpretación sobre la base de un plan organizado de trabajo colectivo”. Según Cabral, la revista se había propuesto desde el primer número “impulsar todo aquello que tenga relación con el estudio histórico”; debe reconocerse que allí se publicaron varios trabajos referidos al pasado nacional, tanto de los historiadores comunistas ya mencionados como de Luis Sommi.²⁷

En los primeros años de la década abierta en 1940, aquellos esfuerzos que realizaban los intelectuales comunistas sostuvieron la publicación de varios libros, aunque no parece haber tenido éxito la apelación al trabajo colectivo. Entre otros trabajos, Puiggrós presentaba *De la colonia a la Revolución* en 1940 y *Mariano Moreno y la revolución democrática argentina* en 1941. Ese mismo año, Eduardo Astesano publicaba su *Contenido social de la Revolución de Mayo*. Puiggrós continuó sus publicaciones con *Los caudillos en la revolución de Mayo*, de 1942; *Rosas, el pequeño*, de 1944, aparecido en Montevideo; y su *Historia económica del Río de la Plata*, de 1945.²⁸

De este modo, en el cruce de aquel clima de Frente Popular, que impulsaba la tendencia al enlace con el colectivo nacional—fuera a través

²⁶ Cfr. *Hoy*, número 4, Buenos Aires, 8 de octubre de 1936, 7; es muy probable que Rodolfo Puiggrós se halle por detrás de ese esfuerzo.

²⁷ Acerca de *Argumentos*, sugerimos la consulta de Jorge Myers, “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de *Argumentos*”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, número 6, Universidad de Quilmes, 2002, y Omar Acha, “Nación, peronismo y revolución en R. Puiggrós” (Primera Parte), *Periferias*, núm. 9, Buenos Aires, 2001. La cita, en *Argumentos*, número 3 (enero de 1939): 279, ha sido evocada ya por Myers. Sommi, también un dirigente importante, se dedicaría luego de 1947 con cierta frecuencia a los estudios históricos. Disidente frente a la posición oficial asumida hacia el peronismo, se desvinculó del PC hacia 1956.

²⁸ Volvemos a remitir a los trabajos citados de Acha y Myers.

de la apropiación de sus símbolos o del planteo de algún panteón propio de héroes—con la presencia de varios intelectuales en el PC que entendían que el estudio de la historia resultaba una tarea importante para los revolucionarios, el comunismo argentino había reorganizado su actitud frente a la historia del país. No se trata por ahora de examinar los contenidos de las imágenes que puso en circulación el PC en estos años, sino de leer en estas prácticas y esfuerzos la aparición de una nueva consideración acerca del valor que tenía el estudio del pasado nacional. Contra lo que en general ocurría hasta 1935, no eran éstas sólo evocaciones mínimas y dispersas: el PC había construido ahora una historia argentina desplegada con la que enlazarse, y esa circunstancia no cambiaría, al menos hasta hoy. Luego se ofrecieron otros relatos, que retocaron uno u otro aspecto, o reconsideraron un período, circunstancia que efectivamente ocurrió, pero una lectura comunista en regla de procesos cruciales en el pasado de la nación había sido inaugurada y, con ella, la inscripción en alguna tradición nacional.

Por esos mismos años, en 1944, revelando que estas actitudes comunistas—y los dilemas que en ocasiones desataban—no eran estrictamente locales, Palmiro Togliatti reclamaba en *Rinsacita* la transformación del PCI en “un partido nacional italiano, es decir, un partido que plantee y resuelva el problema de la emancipación de los trabajadores en el cuadro de nuestra vida y libertad nacionales, haciendo suyas todas las tradiciones progresistas de la nación”.²⁹ En la Argentina el PC articuló su propia tradición, con claridad, a partir de 1935, y por efecto de varias circunstancias ella terminó diferenciándose con dificultad de las que otros segmentos del mundo cultural argentino, incluso los dominantes en muchas etapas, habían organizado, sobre todo en lo que refiere a momentos liminares, íconos y héroes apreciables. Sin duda, la lectura comunista introducía matices; ellos tendían sin embargo a desdibujarse en el gran cuadro.

²⁹ Togliatti planteaba esta posición hacia octubre de 1944. La cita, en José María Laso Prieto, “El concepto de ‘partido nuevo’ en el pensamiento de Togliatti”, *Papeles*, Fundación de Investigaciones Marxistas, números 5-6, Madrid, 1981.

¿Alternativas para la construcción de una tradición nacional y progresista?

Así, según ha señalado Halperin Donghi, hacia 1936 Aníbal Ponce ratificaba “su identificación con la tradición liberal argentina” apelando a la figura de Sarmiento en una carta abierta dirigida a las autoridades, inaugurada ya la etapa del Frente Popular. Sarmiento había sido homenajeado por la publicación comunista *Hoy*, que ya hemos citado más arriba, en fechas cercanas.³⁰ Poco más tarde, en mayo de 1937, los periodistas de *Orientación*—otro periódico comunista—entendían que en ese momento, “como en Mayo de 1810 se impone la unidad del país contra la reacción”, al tiempo que se citaba un documento del Comité Central en el que se planteaba que en Mayo había nacido la democracia. En abril de 1938, en las páginas de *Orientación*, se conmemoraba el 85^o aniversario de la sanción de la Constitución con retratos de Mitre, Urquiza y Alberdi.³¹ No es nuestra intención señalar el tan visible cambio frente a los argumentos de 1934, sino apuntar a subrayar los esfuerzos que el comunismo debía realizar para diferenciarse de otros panteones, incluso conservadores y oficialistas, que cobijaban a los mismos próceres, y para hacerlo sin romper definitivamente con ellos tal como exigía la nueva táctica.

La decisión de la Internacional Comunista, luego de la firma del pacto Ribbentrop-Molotov en 1939, de plantear la neutralidad, no frenó la tendencia a la producción comunista de un pasado cuyo momento fundacional era Mayo y Sarmiento uno de sus héroes, que se iba imponiendo. Sostenía Ernesto Giudici en una de las obras que se reputa representativa de la etapa de neutralismo, titulada *Imperialismo inglés y liberación nacional*, que luego de derrocado Rosas, “el país dio un salto. Vino la gran época de nuestro soberbio liberalismo económico y político, con el gran Sarmiento a la cabeza”. Sin embargo, pronto “una oligarquía reaccionaria desarrollada y enriquecida alrededor de los ferrocarriles ingleses” y además latifundista, ratificó la muerte del federalismo y el “centralismo de Buenos Aires: todo ello detuvo la marcha ascendente del

³⁰ Cfr. Tulio Halperin Donghi, *Argentina y la tormenta del mundo*, op. cit., 134; *Hoy*, año I, núm. 1 (17 de septiembre de 1936): 2.

³¹ Cfr. *Orientación*, número correspondiente a mayo de 1937 y número 44, Buenos Aires, 29 de abril de 1938, tapa.

país”. A pesar de todo, la acción del colonialismo capitalista inglés, estimaba Giudici, había tenido un efecto progresista.³²

Por entonces se producía también la aparición de los libros de Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano que hemos citado ya. Jorge Myers, asumiendo una tarea siempre compleja, ha ofrecido una síntesis satisfactoria de la interpretación del primero de los historiadores comunistas mencionados. Ella indica que si bien la conquista había forjado una sociedad feudal, había diferencias entre el interior -donde predominaba una atrasada economía doméstica- y el Litoral y Buenos Aires, donde había rastros de la existencia de una incipiente burguesía comercial. Esta configuración económico-social había impedido que la Revolución de Mayo fuera una revolución democrático-burguesa acabada. En cuanto a los dirigentes, Mariano Moreno era exaltado como modelo de militante revolucionario, y el programa artiguista era bien apreciado—lo que constituía una de las diferencias frente a otras versiones. A su vez, la política rosista resultaba un intento condenado al fracaso por los cambios económicos ocurridos en el escenario mundial. Compartidas en buena parte por Astesano y herederas de opiniones de Cabral, las lecturas de Puiggrós bosquejaban una interpretación de buena parte del pasado argentino que era tributaria de aquella doble caracterización que seguía firme: país semicolonial y ausencia de una revolución burguesa.³³

Además de la exposición de interpretaciones históricas, Astesano y Puiggrós realizaban en esos libros gestos de recuperación de zonas completas de la tradición nacional que asumía el legado de Mayo; en encuentros menos sosegados como las reuniones partidarias con cuya evocación abrimos este artículo, tan fervorosas en la apelación patriótica, esas posiciones eran adoptadas por el activismo comunista. En el Prefacio de su obra *De la colonia a la Revolución*, Rodolfo Puiggrós sostenía en 1940: “he escrito este libro teniendo presente a la clase obrera argentina, heredera y continuadora de la tradición progresista y libertadora que parte de los días iniciales de nuestra sociedad”; Astesano, a su vez, manifestaba en 1941 que planeaba titular el último tomo de su obra “La herencia

³² Cfr. Ernesto Giudici, *Imperialismo inglés y liberación nacional* (Buenos Aires: Problemas, 1940), 28 y ss; la observación sobre el papel del imperialismo, en 8.

³³ Véase el artículo citado de Myers, 222 y ss.

progresista de Mayo”.³⁴ Así el PC, a partir de esos años, terminaba de hacer evidente la opción de 1935 y pasaba a compartir con buena parte del mundo político argentino, tanto en los libros como en los actos partidarios, una mirada sobre el pasado, una tradición que le parecía propia. El cambio de gran aliento en la posición comunista hacia la historia argentina se consumaba entonces hacia 1940, ya que se disponía de un conjunto de obras de cierta envergadura que, en lo referido a los contenidos, tendían a asumir aquella que se consideraba la “herencia progresista de Mayo”, para usar los términos de Astesano, que era sin duda también apreciada como nacional y patriótica.³⁵

De todos modos, en aquellos momentos, entre 1935 y 1940 aproximadamente, eran varias las tradiciones, todas ellas construidas, todas ellas imaginarias, algunas asentadas pero otras inestables y en trance de terminar de definirse, que se hallaban circulando en el mundo cultural argentino. Había quienes entramaban Mayo con la Constitución de 1853 y la figura de Urquiza. Los radicales, con excepciones, tendían a ejecutar esa lectura. El socialismo hacía lo propio, aún con distancias frente a algunos personajes. Los nacionalistas, por su parte, estaban apenas iniciando lo que sería la vinculación con la herencia rosista. Más problemas causaba, para casi todos los actores político-culturales, con excepción de las menguadas franjas del conservadurismo que todavía se mantenían liberales, el examen de la situación posterior a 1880. En otro plano, la figura del gaucho, a su vez, venía siendo planteada desde tiempo atrás como la que encarnaba la esencia de la nacionalidad; a partir de mediados de los años treinta, será el Estado el que asuma decididamente la conmemoración gauchesca y el enlace entre el gaucho y la nación se hará aún más estrecho y conquistará consensos mayores. Debe también tenerse en cuenta que el esquema que acabamos de presentar no logra dar cuenta de las pequeñas diferencias ni de las combinaciones entre fragmentos de estas grandes narraciones del pasado fundadoras de

³⁴ Cfr., respectivamente, Rodolfo Puiggrós, *De la colonia a la Revolución* (Buenos Aires: Ediciones AIAPE, 1940), 8 y Eduardo Astesano, *Contenido social de la Revolución de Mayo*, Tomo 1 (Buenos Aires: Problemas, 1941), “Plan de la obra”.

³⁵ Sugerimos, aunque el trabajo no está dedicado al PC, la consulta del citado “Estudio preliminar” de Andrés Bisso a *El antifascismo argentino* (Buenos Aires, Cedinci/Buenos Libros, 2007). Se exponen allí argumentos de sumo interés en torno al carácter nacional de la apelación política antifascista.

tradiciones; de tales combinaciones, la articulación entre Mayo y el gaucho es quizás la más evidente.³⁶

Fue en este escenario, dibujado a grandes rasgos, que el PC emprendió la organización de su propia historia argentina planteada en detalle. Los ajustes que reclamaban las visiones que antes habían circulado en el partido no dejaron de estar libres de incertidumbres, aunque periféricas y secundarias. Algunas de ellas devenían de las posiciones que adoptaban sus adversarios políticos: la operación comunista no se daba en el vacío, sino en un territorio donde se discutía, se disputaba, se coincidía. Por otra parte, lanzado a la búsqueda de una tradición local de la que apropiarse, el PC se hallaba con que tal como se lo solía presentar, el programa del liberalismo del siglo XIX, que era también el de los sectores dominantes, no dejaba de exhibir vetas que podían considerarse progresistas. Ese era, al mismo tiempo, el programa que en la etapa anterior el PC había denunciado como uno de entrega al imperialismo, y el diagnóstico de la Argentina como país semicolonial seguía en pie. Simultáneamente, tras la permanente apelación retórica en el lenguaje comunista a las masas, para el siglo XIX se podía insinuar la figura, difícil y complicada para la tradición partidaria, del gaucho.

El gaucho no había gozado de aprecio extendido en la cultura política de las izquierdas argentinas, aunque hubo sin duda excepciones, como la del escritor anarquista Alberto Ghirardo.³⁷ Hacia 1925, por ejemplo, ante una iniciativa de Evar Méndez, director de la revista de vanguardia *Martín Fierro*, para erigir un monumento a José Hernández, la revista *Los pensadores*, cercana a la izquierda realista y proclive a la denuncia social reunida en Boedo, intervenía proclamando “nosotros no tenemos nada en común con el gaucho ni con el aborigen”, al tiempo que señalaba el grupo al que estimaba valioso pertenecer: “nosotros somos trabajadores”.³⁸ Aníbal Ponce, en 1926, dibujaba un panorama que retomaría parcialmente en la citada conferencia de 1928, incluso

³⁶ Acerca del proceso de transformación del gaucho en símbolo nacional, remitimos a Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, “Héroes patrios y gauchos rebeldes. Tradiciones en pugna”, en *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960* (Madrid/Buenos Aires: Alianza, 2003).

³⁷ Sobre el punto, sugerimos la consulta de Ana Lía Rey, “Periodismo y cultura anarquista en la Argentina de comienzos del siglo XX: Alberto Ghirardo en *La Protesta* y *Martín Fierro*”, *Hipótesis y Discusiones* N° 24, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2002. Ver también Juan Suriano, *Anarquista. Cultura y política libertaria* (Buenos Aires: Manantial, 2001).

³⁸ Citado en Carlos García, “Borges y el endiosamiento de Hernández”, disponible en <http://casadeasterion.homestead.com/v5n17hern.html>.

apelando literalmente a las mismas imágenes: “en complicidad con la iglesia, que supo explotar su salvajismo, y con el señor feudal, que lo supo amarrar a su interés, el gaucho fue indiscutiblemente el peor enemigo de la revolución. Todo culto enternecido a su memoria tendrá, pues, una honda raigambre antiargentina”.³⁹ Como hemos indicado, estas posiciones eran tributarias de las que José Ingenieros había propuesto antes de 1917; en la conferencia que dictó en el Instituto de Cultura Popular de Buenos Aires el 3 de septiembre de 1915 y que publicó la *Revista de Filosofía*, había planteado Ingenieros que “dos civilizaciones opuestas” que llama “la argentina y la gaucha”, se enfrentaron a lo largo del siglo XIX. El autor enlaza sus ideas con las de Sarmiento, sosteniendo que esos agrupamientos eran los mismos que el sanjuanino había llamado “civilización” y “barbarie”, también en lucha.⁴⁰ Ingenieros en 1915 y Ponce en 1926 concebían un gaucho antiargentino, ajeno a la nacionalidad, dado que su participación en Mayo y en las guerras de independencia había sido equívoca.

Luego del cambio de táctica de 1935, sin embargo, algunas vetas de recuperación del gaucho, por la vía bastante directa de la exaltación de José Hernández y del *Martín Fierro*, pueden hallarse en la producción de intelectuales que se encontraban en las proximidades del partido o encuadrados en él. Así, en mayo de 1937 Álvaro Yunque, desde las páginas de *Claridad*, sostenía que el *Martín Fierro* era una “biblia de la miseria gaucha”, mientras Hernández era apreciado como “el dueño de la voz más vigorosa que se levantó para protestar contra la explotación del gaucho” y como el narrador de “hazañas de explotados que se resistían a ser explotados”. Yunque ve en Mayo de 1810 “una revolución hecha por propietarios, con el fin de administrar para provecho propio la aduana de Buenos Aires”. Insistiendo en estos tonos que recuerdan los anteriores al cambio de 1935, indica que los dirigentes porteños entendían el progreso como la posibilidad de “seguir enriqueciéndose haciendo intervenir el capital extranjero, en este caso el inglés”. Buenos Aires, “o sus burgueses—habían hecho la

³⁹ Cfr. Aníbal Ponce, “Los funerales del gaucho”, *Revista de Filosofía*, año XII, número 5, septiembre de 1926; las citas en páginas 274. En “Examen de conciencia”, la conferencia de 1928 publicada en *El viento en el mundo* (Buenos Aires: El Ateneo, 1939), 24 se vuelve a utilizar la fórmula de la raigambre antiargentina de la exaltación del gaucho

⁴⁰ Cfr. José Ingenieros, “La formación de una raza argentina”, *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1915, vol. I, 464 y ss.

Revolución de Mayo para [...] convertirse, a su vez, en metrópolis de las demás provincias”. Los sectores que apoyaron a Rosas constituirían, con el andar del tiempo, “la clase dirigente que entregó el país al imperialismo inglés”. Sin haberse privado de ejecutar críticas diagonales a Sarmiento, se sorprendía ante la interpretación que hacía del “estanciero Urquiza” un “libertador”.⁴¹

Yunque persistió en la ponderación de Hernández y en la expresión de opiniones semejantes sobre el gaucho. Hacia 1940, en una conferencia, sostenía que “la burguesía argentina que desvirtuó la Revolución de Mariano Moreno [s]e apoyó en el gauchaje y lo lanzó a la guerra, luego lo sacrificó: lo explotó en el trabajo de las ya alambradas estancias o lo hizo asesinar por sus policías, para al fin, alzar un himno en loor de su coraje”. Continuaba observando que “los ideólogos oligárquicos de Buenos Aires” plantearon que “la lucha de los opresores contra el gaucho hambriento era la ‘civilización contra la barbarie’, ‘lo europeo contra lo colonial’, ‘la ciudad contra el desierto’”. A su juicio, “la insurrección del gaucho fue sólo una protesta de la clase utilizada y olvidada” y al *Martín Fierro* “la lucha social, presente en toda gran obra de arte, lo nutre con sangre de pueblo”. Yunque, además, ofrece una lectura alternativa a la que Ricardo Rojas había ensayado acerca de unos versos del poema: “Pero se ha de recordar/Para hacer bien el trabajo,/Que el fuego pa calentar/Debe ir siempre por abajo”. Rojas, plantea Yunque, “interpreta esta sentencia como que encarece -son sus palabras- ‘las reformas democráticas que benefician a las clases populares’”. Y agrega, en lo que puede parecer un exceso hermenéutico: “Creo que ella tiene raíz más honda y que, traducidos esos versos a una llana prosa sin tropos, intuyen esto: La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”. En los años siguientes, Yunque insistió en estas interpretaciones; en 1943, una de

⁴¹ Cfr. Álvaro Yunque, “Echeverría en 1837. Contribución a la historia de la lucha de clases en la Argentina”, *Claridad*, XV, 313, Buenos Aires, mayo 1937, sin núm. de p. Yunque colaboraba por entonces con la prensa de izquierda amplia, como *Claridad*, con algunas publicaciones libertarias y otras del PC. Participó, cerca de Aníbal Ponce, en la AIAPE, impulsada por el partido, y a comienzos de los años cuarenta dirigiría alguna de sus publicaciones. Más adelante, siguió siendo visto como un miembro del sistema del PC. No es sencillo señalar si, al momento de publicar estas piezas y otras que citaremos, Yunque estaba afiliado al partido; en cualquier caso, en el artículo que citamos evoca elogiosamente un artículo que Rodolfo Ghioldi había publicado en *Soviet*. Quizás lo divergente de la interpretación deba buscarse en lo complejo de la relación del PC con los intelectuales próximos.

las editoriales comunistas, Problemas, editaba su *Poetas sociales de la Argentina(1810-1943)*, donde observaba que “las indignadas protestas de los Fierro, Cruz y Picardía de Hernández, podría repetirlos el pueblo de hoy. Las causas que las inspiraron subsisten”.⁴²

Observaciones, conjeturas, pistas a seguir

De todos modos, esta alternativa ocupó, por entonces, un lugar secundario en el imaginario comunista. José Aricó ha encontrado huellas de su permanencia a fines de los años cuarenta; Amaro Villanueva, otro intelectual del PC, sostenía hacia 1947 en *Orientación* que el comunismo argentino apreciaba “los más íntimos aspectos de nuestra tradición, pero de la tradición pública, colectiva, nacional, de la patria, que es del hombre y de la tierra”. A entender de Villanueva, ella era “creadora, liberadora y progresista”. Denunciaba a continuación la “falsa, supersticiosa y estática tradición de las clases oligárquicas, recibida de los imperialismos sin más patria que la ventaja y el rédito” y sostenía que “es tiempo de que todos sepan de una buena vez que el comunismo no puede ser ajeno a las tradiciones nacionales, porque es el pueblo mismo, que es quien crea y da perennidad a sus tradiciones”.⁴³ Tramos de la argumentación, así como circunstancias y escritos posteriores que involucraron a Villanueva, permiten inferir que la tradición a la que aludía no era la de Mayo, la de Echeverría o Sarmiento, con la que el PC ya se había reconciliado, sino una más telúrica, más rural. Al mismo tiempo, un artista y poeta ya de cierto éxito dedicado a temas que se entendían folklóricos, Atahualpa Yupanqui, se había incorporado al partido hacia 1945. De acuerdo con Félix Luna, “su militancia más notoria consiste en hacer actuaciones artísticas en los festivales -legales o clandestinos- organizados por sus camaradas”, por una parte, y “su participación periodística” en *Orientación*, “donde tiene a su cargo una columna de comentarios, formulados en un deliberado lenguaje campero”; según parece, el autor dejó el partido hacia 1952.⁴⁴

⁴² La dos piezas pueden consultarse en www.alvaroyunque.com.ar; se trata de una conferencia al parecer inédita, dictada hacia 1940 en Buenos Aires bajo el título “El gauchismo de Martín Fierro”, y de un trabajo de 1943, *Poetas sociales de la Argentina*, que publicó Problemas también en Buenos Aires

⁴³ La cita figura en José Aricó, *La cola del diablo*, op. cit., 184, y está tomado de *Orientación*, año X, número 377 (5 de febrero de 1947): 7.

⁴⁴ Cfr. Félix Luna, *Atahualpa Yupanqui* (Madrid: Júcar, 1974), 33.

Aricó suministra otro dato de algún interés a propósito de la expulsión de Juan José Real, cuestionado por aproximarse excesivamente al peronismo gobernante entre 1952 y 1953. En esa oportunidad se habría producido un debate entre Real, dirigente de primera línea del PC y “autor del *Manual de historia argentina* con el que se formaban sus cuadros”, y Villanueva. De acuerdo con el informe de Codovilla que cita Aricó, Real habría planteado que “estalló en iras contra Amaro Villanueva por sus lloriqueos sobre los pobrecitos jóvenes que abandonan el campo y se vienen a ‘corromper’ a las fábricas de la ciudad”, porque reconoce la existencia de una “tendencia en nuestra intelectualidad”, la del partido, que incluye a Gudiño Kramer y a Manauta, y porque esa es una “bandera de la burguesía agraria”, una “bandera de la sociedad rural, una “bandera reaccionaria”.⁴⁵ Poco después, Villanueva insistirá en esa línea, que enlazaba su preocupación por los problemas presentes del interior con el aprecio de las tradiciones provinciales, en un elogioso comentario bibliográfico a la obra de Carlos A. Leumann titulada *La literatura gauchesca y la poesía gaucha*, que fue publicado en la revista comunista *Cuadernos de cultura*.⁴⁶

No debe exagerarse, de todas maneras, la importancia de estas notas relativamente discordantes en la cultura política comunista; basta recordar, como también ha señalado Aricó, que hacia 1947, en las páginas del oficial *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, era Alberdi quien aparecía en la iconografía incluida, mientras que en 1951 el PC participó activamente en la campaña de conmemoración de Echeverría, concebida como contrafestejo de cara al Año Sanmartiniano que el peronismo oficial había celebrado el año anterior.⁴⁷ Pero el registro de la existencia de esas notas podría contribuir a explicar, ya fuera de nuestro período, un fenómeno más vinculado a la cultura de masas y a la industria cultural que los que hemos analizado hasta este momento: la disposición que desde los

⁴⁵ Cfr. José Aricó, *La cola del diablo*, op. cit., 183, haciendo alusión a Victorio Codovilla, *Trabajos escogidos, tomo III* (Buenos Aires: Anteo, 1964), 96.

⁴⁶ Cfr. *Cuadernos de Cultura*, número 19 (diciembre 1954): 130.

⁴⁷ Véase el citado trabajo de José Aricó, 174 y ss., y en particular 182, donde figura la observación sobre la imagen de Alberdi. Ver también Laura Prado Acosta, *Partido Comunista e Intelectuales. Posicionarse frente al peronismo: Héctor Agosti y el Año Echeverriano*, Ponencia presentada en las XI^a Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Tucumán, septiembre de 2007.

tempranos años sesenta—si no antes—el PC mostró hacia el apoyo a las expresiones de la música de proyección folklórica que se inclinaban a la denuncia social. El citado Atahualpa Yupanqui, Mercedes Sosa, César Isella, Horacio Guarany y, en una zona más dedicada a la producción poética, Armando Tejada Gómez, son sólo algunos de los nombres locales de un fenómeno de clara dimensión latinoamericana y, con el tiempo, de proyección europea.⁴⁸ También los productos culturales que ellos proponían buscaban el enlace, formal y de contenido, con pasados que esta vez encontraban su núcleo en las supuestas culturas rurales, sin dejar por eso de aludir a una tradición más cívica y política que solía comenzar con la guerra de independencia.

Luego del golpe de Estado que en 1955 desalojó al peronismo del gobierno uno de los fenómenos político-culturales de mayor interés fue la reinterpretación que del movimiento derrocado y de su historia comenzaron a ejecutar varios sectores de la izquierda. No es que el peronismo no hubiera recibido previamente el apoyo de algunos socialistas, comunistas y sindicalistas; se trataba en cambio de un movimiento de mayor envergadura que hizo crecer las posiciones de quienes se definían como miembros de la “izquierda nacional”, inclinada a apoyar, aún críticamente, al peronismo derrocado. Con ese acto de autoidentificación tan sencillo, estos grupos indicaban dónde creían que se hallaban sus diferencias con la “otra” izquierda, a cuyos partidos acusaron de no haber apreciado correctamente la cuestión nacional ni la del imperialismo. Tales “yerros” la habrían condenado a asumir una posición antiperonista que la habría alejado de las masas populares y de la clase obrera.⁴⁹ A la luz de los argumentos expuestos aquí, es posible señalar que en el caso del PC, fue la caracterización

⁴⁸ Acerca de cuestiones relativamente cercanas para el caso chileno, remitimos a Ariel Mamani y Andrés Santarelli, *El puño del pueblo. La visión pedagógica y contingente de la clase obrera chilena en La Fragua*. Ponencia presentada en las XI^a Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Tucumán, septiembre de 2007. Para la situación en el PC argentino en la época, ver Jorge Cernadas, “Notas sobre la política cultural del comunismo argentino 1955-59”, en Mario Margulis y M. Urresti, comp. *La cultura en la Argentina de fin de siglo* (Buenos Aires: UBA-CBC, 1997).

⁴⁹ Una exposición crítica y atinada de varios argumentos de la izquierda nacional, que subraya algunas contradicciones, puede hallarse en Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)”, *Desmemoria*, números 23-24, Buenos Aires, 1999, pp. 200 y siguientes. Sobre la cultura y la política argentinas en la época, remitimos a Oscar Terán, *Nuestros años sesentas* (Buenos Aires: Punto Sur, 1991).

coyuntural del peronismo, realizada entre 1943 y 1946, la operación intelectual en la que fundó su decisión política de oponerse a él. Y la caracterización del peronismo no dependía centralmente, en esos años, del modelo interpretativo de la historia nacional en el largo plazo que se hubiera adoptado. Conviene tener en cuenta que los comunistas que se aproximaron al peronismo—Puiggrós, Astesano y más adelante Real, de los mencionados aquí—así como los que permanecieron en el partido, persistieron en mantener aquellas certidumbres que se habían asentado hacia fines de los años veinte, en particular las que referían a la condición semicolonial y al tipo de revolución a encarar en la Argentina. Como señalamos, la diferencia entre unos y otros estuvo en el modo de concebir al peronismo, que los más convirtieron en un movimiento fascista criollo y varios en un movimiento nacional antiimperialista, un actor con el que se podía contar para completar la revolución pendiente.

Por otra parte, a lo largo de este trabajo hemos evocado dos procesos que, a pesar de hallarse estrechamente vinculados, pueden separarse desde el punto de vista del análisis. Uno de ellos es el fenómeno que hizo que el PC construyera una historia argentina en la cual podía hallar figuras y puntos de anclaje que lo dotaran de una tradición, cualquiera fuera ella. Otro, de naturaleza parcialmente distinta, es el que se vincula a los contenidos de esa historia y a la organización de una tradición específica. El primero se explica por la coincidencia de varios fenómenos: el cambio de línea de 1935; la presencia de un grupo de intelectuales y activistas con cierta vocación, incluso previa, por los estudios históricos; unas indicaciones, quizás de los dirigentes de la Internacional Comunista. Condicionando a todos ellos, tiene lugar un movimiento más de fondo de integración al mundo político local que exhibe varias causas y evidencias. Una de ellas es la tendencia a la nacionalización demográfica y simbólica de los grupos subalternos y de los núcleos obreros, sectores anhelados por el PC, que desde 1930 era favorecida por la baja en las migraciones internacionales, el crecimiento de la migración interna por la industrialización sustitutiva, y la extensión de la acción nacionalizadora e integradora de la escuela, del resto del aparato estatal y del sistema político. De todas maneras, como era previsible, esos fenómenos no dejaban de exhibir límites en cuya exposición solía también tener un

papel de nota el PC, como ocurrió con algunas huelgas resonantes en los años treinta, por ejemplo.

Como señalamos, la segunda cuestión es la de los contenidos específicos que la historia comunista de la Argentina asumió. Varios de ellos eran impulsados por aquellas decisiones tomadas en sede política, como la del diagnóstico del país como una sociedad semicolonial y la ausencia de una revolución democrático-burguesa acabada. Otros, en cambio, provenían de antiguas inclinaciones fuertes en la izquierda argentina, como el recelo ante la conmemoración del gaucho. Finalmente, otros más devenían de las disputas de coyuntura con el resto de los actores políticos que también proponían sus propias historias. De todas maneras, como hemos visto, no faltaron posiciones divergentes, aún parcialmente, frente a la interpretación que puede reputarse como oficial del partido. Así ocurre, en tramos, con la recuperación que de Mayo ensayaba Ponce o con la crítica que al mismo Mayo esbozaba Yunque tiempo después. ¿Es posible suponer que ese tipo de matices son el resultado de la condición de intelectuales con reconocimiento más allá de las fronteras del partido de quienes los plantean? No contamos hasta el momento con evidencia empírica suficiente, pero parece esta una línea de investigación productiva.⁵⁰

También la cuestión de la circulación y recepción –quizás, incluso, de la producción- de discursos que aún tangencialmente remitían al pasado entre los militantes de base del partido es un frente de trabajo, apenas rozado aquí, que puede dar frutos. Allí deben analizarse también las relaciones entre unas versiones que la agrupación, en general a través de la producción de sus dirigentes y de sus intelectuales, ofrece a los sectores sociales a los que aspira a llegar y las que esos mismos grupos reciben en otras instituciones o elaboran por otros mecanismos: actos escolares, celebraciones populares, lecturas propias. En el caso que nos ocupa, sin caer en una visión basta que proponga un “comunismo de la prensa y los libros” y otro de la base excesivamente alejados entre sí, resultaría de interés considerar cómo en las células se asumía la producción letrada. Para el período en

⁵⁰ Aunque, como se revela en la bibliografía citada, no faltan trabajos sobre intelectuales comunistas, no son demasiados los que han analizado la cuestión desde el punto de vista de las relaciones entre el PC y los intelectuales en tanto grupo social. Sugerimos la consulta de los trabajos citados de Aricó, Saítta y Cernadas, junto a José Aricó, “La polémica Arlt-Ghioldi”, *La ciudad futura*, número 3, Buenos Aires, 1986.

cuestión, debe tenerse en cuenta además que la inserción del PC en el universo de los trabajadores era de cierta envergadura, lo que otorga mayor relevancia a la cuestión.⁵¹ El desarrollo de un frente de trabajo sobre estos asuntos permitiría, quizá, la explicación de algunas notas de la cultura comunista que, por una parte, se pusieron en juego a la hora de la construcción de representaciones del pasado y, por otra, hallaron en esa mismas visiones uno de sus espejos más fieles.

⁵¹ Algunas observaciones dispersas permiten suponer que, en el caso argentino, hay cuestiones a investigar en torno a este punto; uno de esos indicios, apoyado en los testimonios de varios militantes que no pueden tomarse sin cautela, indica que el activismo de base “poco conocía de los discursos de sus dirigentes”. Cfr. José Schulman, “Algunos de los debates comunistas ante el surgimiento del peronismo y las elecciones de 1946”, *Periferias*, número 9, noviembre de 2001, nota 37 en 157. También manifiesta el autor su prevención ante estos planteos recogidos en los testimonios.